



CAPÍTULO III.

LA FILOSOFÍA EN MÉXICO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

I

LA FILOSOFÍA ANTES DE LA CONQUISTA.

QUONIAM tempus habent," ha dicho el Sabio, y la filosofía ha tenido sus tiempos y lugares predilectos: ni en todas partes, ni en todas las épocas se la ha cultivado con igual entusiasmo. Como todo lo grande, creemos que los grandes pasos, el gran movimiento filosófico, la preferencia por el estudio de la filosofía, supone una feliz combinación de circunstancias internas y externas en los pueblos como en los individuos. No exijamos á todos los pueblos ni siempre la misma cultura.

Considerada en su más amplio sentido la filosofía, ha existido en todos tiempos y lugares, porque es natural al hombre la curiosidad que le impele á buscar las causas de lo que hiere sus sentidos, y así es imposible que falte quien plantee los problemas trascendentales, y los mismos indiferentes no pueden menos que formarse su opinión verdadera por casualidad ó errónea, fundada siquiera sea en la autoridad de los demás ó sin fundamento alguno.

En pueblos menos adelantados ó en épocas relativamente remotas, no encontraremos á la ciencia metódicamente organizada; más todavía, quizá ni hayan podido tirar la línea divisoria de los objetos formales de las diversas ciencias, y que en cierta manera ni estimen el valor de sus propios conocimientos; pero nada obsta á la verdad de lo que acabamos de asentar.

No dudamos de que los mexicanos anteriores á la conquista, como hombres racionales, hayan tenido sus filósofos. Era difícil que su filosofía se distinguiera perfectamente de sus ideas religiosas, por una parte, y por otra, de sus ideas astronómicas y físicas.

Quien más llamó la atención como sabio, fué el famoso rey de Texcoco, Netzahualcoyotl. D. Juan Bautista Pomar, en su *Relación de Texcoco*, escrita en 1582 y publicada en México en 1891,¹ y D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, en sus relaciones,² nos dan idea de la vida agitada, del justo gobierno y de la extraordinaria sabiduría del gran rey. De Ixtlilxochitl tomó el P. Clavigero lo siguiente, que nos dice en propio estilo: "Pero en nada se deleitaba tanto Netzahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observación que hacía del curso de los astros. Aplicóse también al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernández, que las vió é hizo uso de ellas; y por cierto que son más útiles y más dignas de la mansión de un rey, que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investiga-

¹ Nueva colección de documentos para la historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta. Tomo 3º, Pomar y Zurita (siglo XVI). México, imprenta de Francisco Díaz de León, Avenida Oriente 6, núm. 163.—1891.

² Obras históricas de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, publicadas y anotadas por Alfredo Chavero, etc. . . .

ba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observación le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente á sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad sino el Criador del cielo, y que no prohibía en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo después cuán difícil es apartar á los pueblos de las antiguas ideas en materia de religión, volvió á permitirlos, prohibiendo, sin embargo, otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul y adornada con cornisas de oro, etc."¹

Encontraremos primero en el reino de Tollan y después en los últimos años del imperio mexicano una civilización relativamente muy adelantada, pero nunca sino hasta Netzahualcoyotl se verá la luminosa idea de la unidad de Dios, con las consecuencias que hubieran podido deducir paulatinamente, si Dios mismo no hubiera dispuesto que el sol del cristianismo naciera para estas regiones.

II

LA FILOSOFÍA DESDE LA CONQUISTA HASTA LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII.

Desde que México cayó en poder de sus conquistadores, ó por decirlo mejor, desde que los humildes frailes con celo apostólico y abnegación sobrehumana, se propusieron ilustrar con la esplendorosa luz del Evangelio estos pueblos,

¹ Historia Antigua de México. México 1844.

que se encontraban sentados bajo la sombra de la muerte; se empeñaron al propio tiempo en comunicarles las ciencias y las artes aun las menos levantadas. Sorprende muy agradablemente ver tras de los horrores de la guerra de conquista, tan heroica como desastrosa, la violenta fundación de escuelas de duración secular, y en que nunca faltaron hombres versados en todas materias, y que consagraron sus desvelos al cultivo y difusión de las ideas filosóficas. La mayor parte de ellos, al menos en los primeros tiempos, habían sido educados en España y tuvieron especialísimo placer en levantar nuestros establecimientos científicos, á la altura en que se encontraban los de la madre patria.

De entre aquellos varones, muchos habría de vastísima erudición, de profundos conocimientos y, aunque partidarios de un mismo sistema, maestros de relativa originalidad, pues cada uno, y particularmente los hombres de ingenio, ven las cosas por manera que les es peculiar: tenían que lucir en las escuelas y disputas públicas para conservar su propio honor, el de la orden religiosa á que pertenecían y el puesto de la cátedra.

De tantos insignes maestros de filosofía, ya lo diremos en su oportuno lugar, muy pocos escribieron obras; poquísimos las imprimieron. El porvenir de los manuscritos no puede ser más desgraciado; fué sepultarse, confundirse, empolvase en las bibliotecas de la Universidad ó de los conventos, y algunos quizá se perdieron para siempre. La fortuna de los impresos no fué tan adversa, al menos en un principio; estuvieron en boga las obras del P. Maestro de nuestra Universidad Fr. Alonso de la Veracruz, del P. Rubio, del P. Gamarra, del P. Guevara; pero por fin el cambio de gusto científico, el mejor método de obras posteriores y el achaque común á las naciones todas, de preferir lo que les venga de fuera, aunque sea inferior en mérito á lo propio, ha hecho que tales obras sean ya no estudiadas, no sa-

bemos si conocidas ó siquiera nombradas por los eruditos.

Los años que siguieron al 1521, en que se consumó la obra de la conquista, coincidieron con los tiempos del fervor renaciente en Europa. El horizonte se despejó por todas partes y dejóse ver inmenso, grandioso. A la voz del inmortal Colón, un nuevo mundo surge de las aguas, y Europa lo ocupa para colonizarlo, civilizarlo y explotarlo en todos sentidos. Poseedora del maravilloso invento de la imprenta, rica con los inestimables tesoros científicos y artísticos que heredara de la sabia antigüedad. Estos fueron también los tiempos en que la filosofía escolástica, en parte injustamente, y en parte saludablemente combatida, se resolvió á corregir los defectos en que había incurrido, á depurarse, á restaurarse.

Ya sabemos que los mejores teólogos y filósofos españoles de esa época, se condujeron con prudente sobriedad en punto á ideas renacientes; podrá atribuirse, lo hemos visto escrito en alguna parte, á la natural resistencia de un sistema, de algún modo envejecido en las escuelas y connaturalizado con los ingenios; pero, ¿por qué no hemos de dar su legítimo participio á la discreción y al buen sentido? Aquellos sabios escolásticos querían la luz de la razón sin las tinieblas de las pasiones que empezaban á excitarse por el orgullo: adoptaban con entusiasmo los buenos y evidentes servicios del nuevo rumbo que se daba á los estudios filosóficos; pero lógicos ante todo, evitaban cautelosos las perjudiciales exageraciones: comprendieron que la escolástica, tal como se estudiaba, debía corregirse, levantarse á la altura de sus mejores tiempos, volvérselle el vigor, la robustez, la lozanía, los atractivos de su juventud, pero no condenarla al desprecio, no relegarla al olvido, no empujarla al sepulcro.

Tal fué el medio racional en que supieron colocarse y

conservarse los escolásticos españoles; de ellos dice un estimable escritor: "formóse entre otras una escuela, que se atrae nuestras simpatías, por las pruebas que siempre dió de moderación y buen sentido. Amante de la verdad y de lo bueno, donde quiera que se hallasen, buscábalos en las antiguas tradiciones y en las nuevas doctrinas, evitando así ese proceder exclusivista tan perjudicial en los estudios filosóficos".¹

Los primeros profesores que hubo en México, recibieron su educación literaria en España; fueron seguramente testigos de algunos trabajos emprendidos en pro del renacimiento; presenciaron y aun quizá tomaron parte en las luchas de escuela y fueron á su tiempo importadores de la ciencia, del arte y sus progresos, en el nuevo mundo. El clasicismo latino tuvo su digno representante en el célebre Francisco Cervantes Salazar, á quien algunos con fundamento han creído discípulo de Luis Vives; y la escolástica reformada tuvo, si no su primero, sí su principal representante en Fray Alonso de la Veracruz, á quien dedicaremos especial capítulo.

Bastaban estos dos insignes varones, maestros fundadores de la Universidad de México, para que este establecimiento desde sus orígenes fuera renaciente. De seguro que gustaron de suscitar y ventilar también aquí las cuestiones que se planteaban en Europa.

No hay que dudar de que debieron agitarse con ardor en nuestras escuelas, las ruidosas disputas relativas á la gracia y que no eran cuestiones únicamente teológicas sino que, desde las clases de filosofía se empezaba á trabajar por la conciliación del influjo eficaz ó suficiente de la causa primera y la libertad de las causas segundas. Muy temprano tu-

¹ Fray Marcelino Gutiérrez, "Fray Luis de León y la Filosofía Española del siglo XVI. Cap. I.

vimos á los sabios dominicos, no muy tarde llegaron los padres jesuitas y no nos faltó un discípulo "querido y aprovechado" del P. Daniel Vázquez en el mercenario Fr. Pedro Celis.²

III

LA FILOSOFÍA MODERNA.

Puede asegurarse que la filosofía moderna hizo su solemne aparición en México con la obra del P. Gamarra, intitulada: *Elementa Recentioris Philosophiæ*, impresa en México el año de 1774. Decimos, "aparición solemne," porque era ya en las mismas escuelas y á la faz de todos una especie de rompimiento franco contra la escolástica, y una preferencia decidida por los estudios experimentales.

Hay que advertir, sin embargo, que estos estudios eran ya moneda corriente en nuestras principales escuelas, pues los estudios habíanse reformado de modo favorable á las ciencias físicas, é iban teniendo un gigantesco empuje merced á los nuevos é interesantes escritos del célebre y laborioso P. Alzate. El P. Clavigero, simpático y estimadísimo historiador de México, había escrito un: "*Cursus philosophicus diu in americanis gymnasiis desideratus*."² No hemos tenido la satisfacción de conocer esta obra, pero el saber, el talento y buen juicio del autor nos hacen presumir su no vulgar importancia. Cursos filosóficos, en general, no nos faltaban, supuesto que algunos de autores mexicanos había impresos; y corrían entre profesores y estudiantes, los libros de filosofía que venían de la Península: faltaba,

¹ Biblioteca Hispano Americana Septentrional de Beristain.

² Beristain, en su Biblioteca H. A. S. hace mención de esta obra, que no llegó á publicarse.

empero, un nuevo curso que se adaptara á las exigencias de los tiempos, que hiciera oportuno uso de los nuevos métodos y que diera su debido valor á la experiencia.

La obra del P. Gamarra *Elementa Recentioris Philosophiæ* fué saludada con general aplauso. De orden del virrey D. Antonio María Bucareli, censuró la obra el Lic. D. Joaquín Velázquez de León, que había sido profesor de matemáticas en la Universidad, el cual expresa su opinión y parecer diciendo que es, "una filosofía que merece bien este nombre," que "este método de enseñar filosofía conviene mucho con el verdadero, que han deseado siempre los autores de mejor doctrina y gusto."

El famoso Dr. D. José Ignacio Bartolache, asegura que no solamente leyó la obra con atención, sino que se fijó en cada una de sus palabras, y elogia la diligencia del autor, su acierto en la elección de materia, método y brevedad que servirá para la recta formación de la juventud.

El sacerdote oratoriano D. José Enríquez, Catedrático de Sagrada Teología en el Colegio de San Miguel, elogia con entusiasmo al autor y al libro, y antes de terminar, pone estas notables palabras: "Dejen pues, varones por otra parte respetabilísimos, de llorar sin cesar las ya sepultadas *summulas* las *cathegorias* y el caído árbol *porfiriano* como si se hubiese arruinado la República, ellos y los suyos, la religión y la patria." Tales expresiones no poco enérgicas, á la vez que transparentan la reforma llevada hasta el extremo de creer ya muerto el antiguo sistema, revelan la prolongada lucha de algunos para salvar la integridad escolástica, ó sea para contener en racionales términos los ímpetus reformistas.

Más importante y digna de mencionarse es la: "Censura de los Doctores de la alma Universidad mexicana y de los M. RR. Padres profesores de Filosofía y de Sagrada Teología en la ciudad de México;" que vertida al castellano dice así:

"Nosotros, el Rector, é infrascritos Doctores y Padres, Profesores de Sgda. Teología y de Filosofía, certificamos y testificamos que estos "*Elementos de Filosofía moderna*," escritos por el Dr. D. Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, Presbítero secular de la Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri, para uso de nuestra juventud americana, no sólo contiene la doctrina más sana y la más oportuna para informar las costumbres, sino que también lo más selecto de las doctrinas de los filósofos modernos: así es que después de maduro examen, hemos juzgado que en bien de las escuelas, este volumen impreso sirva á los cursantes de Filosofía para que aprendan lo que ahora no puede ignorarse ni controvertirse sin deshonor é ignominia. Para constancia y testimonio de ésto, cada uno de nosotros firma de su propia mano el presente documento.—D. Ildefonso Velázquez Gastelu, Dr. en Cánones y Rector de la Real y Pontificia Universidad de México.—D. Francisco Javier Gómez Prado, Dr. en Sgda. Teología, Maestro en Artes y Catedrático en propiedad de la temporal de Filosofía.—P. D. José de Escontría, Dr. en Sgda. Teología y Prepósito del Oratorio de S. Felipe Neri de México.—Fr. Miguel Rodríguez, O. P. Dr. en Sgda. Teología y Mtro. de la misma facultad.—Fr. Cosme Enríquez, O. P. Dr. en Sgda. Teología.—D. Juan José Pina y Auñón, Dr. en Teología, Mtro. en Artes y Catedrático por cuatro años de la de prima de Teología.—Fr. José Gómez, O. P. Dr. en Sgda. Teología.—D. José Patricio Uribe, Dr. en Teología.—D. José García Bravo, Dr. en Teología, Mtro. en Artes y por cuatro años Catedrático de la de propiedad de Artes.—D. José Serruto, Dr. en Teología, Mtro. en Artes y profesor propietario de Retórica.—D. Francisco Díaz Navarro, Dr. en Teología, profesor de Filosofía en el Real y antiguo Colegio de S. Ildefonso.—D. Antonio Aloyo, Dr. en Teolo-